



Un

NORUEGO

valiente para una

BAILAORA

ardiente



ANA E. GUEVARA



¿Cómo concentrarse en el flamenco, si cuando Rocío tiene cerca de Erik se olvida del baile y solo piensa en besos y caricias?

El enamoradizo de Erik, oriundo de una pequeña aldea noruega, es un amante de la cultura española: la gastronomía, la literatura, el baile... Tanto, que ha aprendido el idioma leyendo obras como el Quijote. Así que cuando llega a España para trabajar en Adonis Tours lo primero que hace, después de dar cuenta de una buena fabada, es apuntarse a clases de flamenco. Y debe de dársele muy bien, porque la profesora le hace mucho caso y, ¡pardiez!, que jamás se posaron sus ojos en moza más bella.

Rocío iba camino de convertirse en una estrella del flamenco, pero una lesión hizo que abandonase su sueño y se marchase a Madrid a dar clases, donde hay más oportunidades que en su Sevilla natal de conseguir alumnos. Cuando ve aparecer al dios nórdico, cree que las posibilidades de hacerse famosa han vuelto, porque, si no, ¿qué hace aprendiendo a bailar un hombre tan sexi como torpe? No obstante, para que el plan funcione tiene que mantener las distancias con él, lo que es muy difícil porque Erik no solo es guapísimo, es un encanto.

Índice de contenido

Cubierta

Un noruego valiente para una bailaora ardiente

Oferta de trabajo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Oferta de empleo



Turistea junto a un coloso y... ¡enamórate del mundo!

Adonis Tours es un touroperador puntero con base en Madrid, especializado en circuitos a todos los continentes, visitas guiadas, talleres, actividades al aire libre y mucho más.

Básicamente, sabemos hacer de todo y, encima, somos muy muy altos.

Buscamos a cinco Adonis internacionales que midan más de un metro ochenta, con castellano fluido y que sepan mover bien las neuronas, para incorporarse a un equipo dinámico y con ganas de innovar. No se necesita experiencia previa, solo tener «altas miras»...

¿Lo has pillado? Pues suéltalo, que da calambre.

Alojamiento proporcionado por Adonis Tours y contrato indefinido tras el periodo de prueba. Salario a convenir, pero tampoco te pases pidiendo, ¿eh?

¿Quieres ser un chico Adonis? ¡Contáctanos!

Prólogo

Me llamo Erik Jakobsen y soy oriundo de Hjelset, una ciudad noruega que no llega a los mil habitantes, anclada en la provincia de Molde. Crecí entre fiordos, montañas, islas y cascadas, y creo que parte de esa naturaleza salvaje la llevo dentro de mí. De pequeño me acompañaron las historias de *trolls*, de espíritus de la montaña y de hadas del bosque. Hasta que, en mi adolescencia, descubrí la biblioteca del pueblo y devoré uno tras otro todos los libros que se pusieron a mi alcance.

Ernest Hemingway es mi autor favorito, y desde que leí *Por quién doblan las campanas* supe que algún día visitaría el país que, de forma tan desgarradora, describía en sus páginas. Aprendí español, y aunque mi acento es bastante marcado, mi gramática es impecable. Me hice un amante de toda la cultura española: en verano servía gazpacho a mis amigos, sabía bailar La Macarena, y en cada festival de Eurovisión le daba los *twelve points* a España.

El problema es que mis sueños ibéricos chocaban con los de mis padres y mis amigos. Para ellos estaba claro que yo heredaría la serrería de mi padre y que me acabaría casando con alguna de las muchachas del pueblo de más o menos mi edad –os recuerdo que no somos ni mil en Hjelset, con lo que mis posibilidades no son gran cosa –, con la que tendría tres o cuatro robustos hijos.

Decidí estudiar Filología Hispánica en la universidad a distancia, lo hacía por las noches, en secreto, como si fuera algo de lo que sentirse avergonzado. Un hombretón como yo escondido siempre entre libros era una aberración para mi familia. Entre libros del Siglo de Oro, coplas de Manolo Caracol y vídeos de Massiel pasaba mis ratos libres acercándome un poco más a esa cultura que me había entusiasmado.

Por eso, cuando vi el anuncio de una empresa española que buscaba extranjeros para guiar *tours* turísticos, no me lo pensé. Cumplía con las exigencias que pedían: medir más de un metro ochenta y hablar castellano fluido. Además, gracias a mi casi obsesiva lectura de los clásicos españoles me sabía muchísimas expresiones típicas del país como *pardiez*, *tunante* o *vuecencia*. Ese trabajo iba a ser mi gran oportunidad. Metí mis exiguas pertenencias en una mochila de acampada y me fui dejando una nota para mis padres: «Madre, me voy para ser *toreador*».

Ya sabía que no iba a ser torero, pero quería dar un toque dramático a mi despedida, además de que supondría que en el pueblo los rumores serían mucho más suculentos así. Me sentía como Hemingway, a punto de lanzarme a una aventura en España de la que no sabía si saldría vivo. Tengo cierta tendencia natural al dramatismo, por si no os habíais dado cuenta.

Desembarqué en Madrid, una ciudad que cuenta ella sola con más de la mitad de los habitantes de toda Noruega, y con un invierno más cálido que el mejor de los veranos que yo había conocido nunca.

Pero yo me sentía feliz, liberado y preparado para cualquier tipo de aventura.

Capítulo 1

Adonis Tours, así se llamaba la empresa para la que iba a trabajar en el mejor lugar sobre la tierra, o así me lo parecía a mí. Nos ofrecían alojamiento, venir a buscarnos al aeropuerto, y todo eso «*en un entorno laboral agradable donde la fraternidad forma parte de nuestra cultura de empresa*», como rezaba el *e-mail* de confirmación que había recibido una vez que aceptaron mi candidatura.

Así que metí mis pantalones de pana, mis camisetas térmicas, mi plumífero, todos mis gorros de lana y unas cuantas camisas de franela en una maleta y me embarqué en un vuelo rumbo a Madrid. Os diré una cosa por si no lo sabéis: en Madrid hace mucho calor. Mucho mucho calor. O eso me pareció a mí cuando aterricé en abril y el termómetro marcaba veintidós grados. Cuando yo me subí al avión en Noruega había cuatro grados, así que la diferencia de temperatura fue lo primero que me llamó la atención. Empecé a sudar como un pollo y tuve que quitarme capas de ropa en medio del aeropuerto.

Lo segundo que me sorprendió fue el ruido. Estoy acostumbrado a vivir en plena naturaleza y la jungla de asfalto de Madrid fue toda una sorpresa para mí. El aeropuerto en el que aterricé seguramente contenía más personas que todas las que había en mi provincia, y la mayoría hablando muy alto. Eso hizo que mi primera interac-

ción con una española fuera un desastre tirando a catástrofica.

Nada más bajar del avión, vi a una chica hablando a voces con un joven, yo supuse que se estaban peleando y fui a defender el honor de la muchacha, como haría en mi pueblo.

—¡Déjala en paz, tunante! —le dije al que yo pensaba que era el presunto agresor, usando una de mis palabras favoritas desde que la leí en un libro de Francisco de Quevedo.

—¿Este de qué va? —le preguntó él a la chica mientras la cogía del brazo.

En Noruega no somos especialmente tocones, nos gusta mantener las distancias y ni con la familia nos mostramos abiertos a tocarnos el brazo o dar muestras de cariño en público. Por eso, ese simple gesto, tan común para los españoles, a mí me pareció una agresión y, cogiendo al chaval por las solapas de la camisa, lo levanté dos palmos del suelo.

—Déjala, bellaco. —Esta la saqué de *El capitán Alatriste*.

—Pero ¿qué le haces a mi novio? —preguntó la muchacha con gesto de terror.

Lo que vino a continuación pasó muy deprisa: la chica se puso a gritar, vino gente a rodearnos, oí que alguien hablaba de llamar a seguridad, y algo de «*un gigante loco que nos ha atacado mientras estábamos hablando tranquilamente*». Dejé al joven en el suelo tras pedirle disculpas y salí de ahí por patas para reunirme con mis compañeros, que esperaba hubieran tenido una llegada al país más tranquila que la mía.

Una vez que estuvimos todos, algo que se demoró una barbaridad porque el escocés al que esperábamos estaba en otro sitio tocando la gaita, nos pusimos rumbo al lujoso alojamiento prometido en la publicidad.

Ahí íbamos en la furgoneta un maorí más grande que un armario, un italiano de ademanes refinados, un etíope

que debía ser hijo de un príncipe africano por el traje que llevaba, el escocés de la gaita y yo. Parecían majos, me dije mientras veía cómo nos alejábamos del aeropuerto para acercarnos al centro de la ciudad. Yo iba con la nariz pegada al cristal como un perro al que sacaban de paseo en coche. Ni la nube de contaminación que flotaba sobre la capital pudo empañar el buen humor que yo traía por cumplir al fin mi sueño.

* * *

Yo soñaba con llegar a nuestra nueva casa, echarme un rato en la mullida cama y luego tomarme una fabada acompañada de un Ribera del Duero. No sabía lo que eran ninguna de esas dos cosas pero, por lo que había leído, tenían pinta de ser trocitos de cielo. Llevaba soñando con degustar los platos típicos españoles desde que salí de Oslo en una especie de lata con alas.

El alojamiento no era exactamente como nos lo habían pintado, la chica de recepción no era nada amable, el solárium con piscina en verdad era una piscina de plástico puesta en la terraza y se me salían los pies de la cama, pues era de uno noventa y yo mido uno noventa y tres, así que empezábamos mal. La recepcionista nos recordó una docena de veces que ella acababa su turno a las seis y que se estaba quedando más tiempo del necesario por nosotros. No parecía muy amistosa, ni ardiente, como supuse que serían todas las mujeres españolas. También me sorprendió no verla vestida con el traje de volantes rojo con puntos blancos, pero supuse que solo se lo pondrían para ocasiones especiales como bodas o entierros.

Lo bueno de haberme criado en los fiordos es que estoy acostumbrado a sobrevivir con poco, me gustaba la acampada, pescar o cazar mi propia comida y no me importaba dormir al raso. Así que no lo llevé tan mal como alguno de mis compañeros. Parecía que Stefano y Dase se

iban a desmayar en cualquier momento mientras este último pasaba un dedo por las superficies para comprobar el estado de limpieza del sitio. Al único que no pareció importarle la situación fue a Tane, que estaba encantado con todo lo que veía. Nuestro maorí particular había viajado mucho a lo largo de su vida y se adaptaba fácilmente a cualquier circunstancia. No le importaba dormir en el suelo o llevar la ropa algo desgastada, al contrario que Dase, que parecía a punto de darle una apoplejía.

Esa primera noche salimos a cenar fuera, a festejar que habíamos llegado por fin al país donde todos nuestros sueños se iban a hacer realidad. Aunque no de la forma en la que teníamos previsto.

Capítulo 2

Desde aquel lejano momento en el que los cinco nos encontramos en el aeropuerto habían pasado ya varios meses y, poco a poco, habíamos encontrado nuestro ritmo. No siempre estábamos los cinco juntos, pues Stefano y Dase hacían *tours* guiados por sus respectivos países. Tane enseñaba surf a los clientes en el complejo Ola y Adiós, mientras que Sean les enseñaba cultura escocesa y nos martirizaba cada mañana con su gaita. Yo, por mi parte, preparaba talleres de supervivencia, primero de forma teórica en Madrid y luego llevándome a los clientes varios días a la sierra de Guadarrama.

Ya llevaba suficiente tiempo en el país como para entender que las mujeres no se ponían casi nunca el traje de volantes, que no todos los hombres son toreros y que si dices «pardiez» la gente te mira raro. A veces me sentía un poco como Alonso de Entrerríos de *El Ministerio del Tiempo*, serie de televisión a la que me aficioné nada más llegar. También había visto *Fortunata y Jacinta*, *El Quijote* y *Curro Jiménez*, que estaban disponibles en internet de forma gratuita. ¡No me iba a la cama sin verme algún capítulo! El problema es que a mis amigos les gustaban más cosas como *La casa de papel* o *Aquí no hay quien viva*, y muy a menudo teníamos disputas por el control del man-

do de la tele. Aunque se solucionaron cuando decidimos imponer un horario que debía ser respetado por todos.

El verano fue para mí como pasar una temporada en el mismísimo infierno, llegamos a temperaturas de cuarenta y cinco grados y yo pasaba todo el tiempo que podía a remojo en la piscina del edificio. Stefano, Dase y Tane parecían llevar el calor mejor que Sean y yo, que no sabíamos dónde meternos para ocultarnos de tan infernal fuente de calor. Me compré dos ventiladores y me los puse en el cuarto, lo sentía por Antonio, nuestro jefe, porque la factura de la luz se iba a disparar en esos meses infernales.

Por eso, cuando llegó septiembre y comenzó a refrescar un poco por las tardes, recuperé algo de la vitalidad que había perdido durante el tórrido estío. La resistencia de los españoles al calor era algo que envidiaba, cuando los veía me recordaban a los camellos que cruzan el desierto del Sahara y parece que son inmunes al calor. Decidí que septiembre era el momento perfecto para aprender alguna habilidad nueva, estuve dudando entre varias opciones pero, al final, la respuesta apareció ante mí clara como la luz de esa bola ardiente que aquí en España brillaba más que en Noruega: me apuntaría a clases de flamenco.

Además, estaba de suerte, había una academia no muy lejos de nuestro piso, en el barrio de La Latina, y en cuanto abrieron las inscripciones fui para allá sin dudarlo. Era una oportunidad única que no podía dejar escapar.

* * *

Rocío llegó a la academia de baile de la que era profesora quince minutos antes de que se abrieran las puertas. Le gustaba estar allí y disfrutar del silencio de la sala de baile. Vio su esbelta silueta reflejada en los espejos que cubrían toda una pared y se recolocó un mechón de pelo detrás

de la oreja. Daba igual lo que hiciera, sus rizos acababan siempre escapándose.

Tenía una larga melena morena, una nariz respingona y unos bonitos ojos verdes. Su madre, de pequeña, le decía que se parecía a Esmeralda, la de *El Jorobado de Notre Dame*, y ella se ponía a menear las caderas como hacía la gitana en la famosa película de Disney. No se había leído la obra de Víctor Hugo, y todo su referente en cuanto al personaje era por la película de la factoría de Mickey Mouse. Le encantaba cómo se movía al compás de la pandere-ta mientras las simpáticas gárgolas cantaban con ella.

Porque esa era su pasión: el baile. En su Sevilla natal había empezado desde pequeña en la escuela de baile del barrio, para pasar después a la escuela municipal y terminar en la Academia de Flamenco Manuel Betanzos, donde solo los mejores hacían carrera. Su sueño se había hecho realidad, pero no duró demasiado tiempo. Un accidente esquiando en Sierra Nevada truncó sus aspiraciones de ser bailarina profesional.

Varias semanas de escayola y casi un año de rehabilitación de la pierna que se había roto hicieron que no fuera capaz de recuperar el nivel que tenía antes del accidente. Sabía que, quedándose en Sevilla, le costaría encontrar trabajo bailando, pues solo sería una más entre todas las grandes artistas que proporcionaba cada año la ciudad, y decidió partir a Madrid donde supuso que habría menos competencia y más oportunidades.

Tenía un currículum impecable, y su nivel seguía siendo excelente, aunque no lo suficiente como para integrar una compañía de baile. Por eso se dedicó a la enseñanza, a transmitir la pasión que por este arte sentía a sus alumnos, que eran grupos de lo más variopintos.

Tenía varios grupos infantiles, con niñas, sobre todo, que querían aprender a bailar. Gracias a Rosalía la pasión de las más jóvenes por el flamenco se había disparado y tenía ahora más trabajo que antes. Pero también daba cla-